

REPROCHES EN UNA TAZA DE CAFÉ

Las luces de la ciudad empezaron a palidecer, así dejando paso a las calladas estrellas de la noche. En casa hace frío. No es el típico frío de los inviernos pasados, aquel de cuyo abrazo ya te habías acostumbrado. No; este es un frío sutil y feroz. Notas como recorre tu cuerpo lentamente hasta aferrarse en tu cuello, poco a poco, en forma de mala gripe. Cierras la persiana dejándola caer, de un golpetazo, y enciendes la televisión. Tampoco hacen nada. Los programas de zapping se habían apoderado de tu rutina, y la radio ya no es lo que solía ser. Incluso la lectura se había vuelto algo aburrida. De joven habías enseñado en una escuela de secundaria, habías intentado inculcar a los alumnos todas aquellas autoras perdidas en el tiempo; todas aquellas obras que habían sido olvidadas en las décadas posteriores a la guerra civil. Ahora eso ya no importa. Si tan solo alguien se acordase de ti...

Tú, tan progresista y valiente... Las cicatrices parecen espinas en tu vieja belleza marchita. Tú, tú, tú. A ti; sí. Ni siquiera te diste cuenta. Te daba miedo la situación. Te daba miedo el qué pensaría tu familia. Tu padre. Tu abuela. Tus amigas. La gente. Sólo se lo contaste a tu madre, aunque ella siempre le vio con buenos ojos. "Jamás discutas a tu marido", repites en tu interior con la voz de aquella cascarrabias.

Dejas de darle vueltas por un rato. Qué más dará ya. Los años te hicieron perdonar las heridas, pero nunca se curan del todo. Mejor no pensar en ellas.

Toses. El café estaba demasiado caliente para tu frágil paladar. Tendrías que haber estado más atenta mientras lo hacías y haberlo sacado antes. Aun así, su delicado olor te relaja y empiezas a removerlo con una cucharita. Hace un rato que te había llamado tu nuera. No habíais hablado mucho. Ella estaba feliz. La pequeña, quien últimamente quería ser llamada Laura y no Laurita, estaba sacando muy buenas notas, y habían ido a celebrarlo los cuatro a un pequeño restaurante chino del centro. No dijo nada sobre tu hijo. Ni le mencionó.

El reconfortante sabor amargo del café te aliviaba tanto la garganta como el espíritu. Paseando por el salón, relajada, te topaste con las fotos que adornaban el armario contiguo al sofá. No había demasiadas (tu marido odiaba fotografiarse), pero cada una era importante a su manera: el décimo cumpleaños de Jaime, el viaje de novios, comuniones, bautizos, vuestros padres, y pocas más. Había una del día en el que os conocisteis. Os había presentado una amiga común, Marta, quien estaba cansada de veros a los dos protestar de lo muy faltos de cariño que estabais. Un día, al salir de la universidad, cuando tenías veintiún años, apareció Marta con un chico dos años mayor. Era brusco, mal hablado y no te pareció demasiado guapo. Era un chulo. Le dijiste a tu amiga que no lo trajera otra vez.

Pero él no se dio por vencido. Insistía en quedar contigo para pasar el rato o ayudarte a hacer cualquier cosa. Era muy pesado, y después de muchos intentos de su parte, te convenciste a ti misma de que no tendrías ninguna oportunidad mejor.

Al principio fue un buen chico. Los primeros años de noviazgo fueron agradables. Él era tierno, incluso cariñoso según la ocasión, y estaba el día entero encima de ti: pasaba a buscarte después de las clases, te llevaba adonde quisieras con el coche de su padre... Cada segundo tuyo era suyo, o vuestro, como os gustaba decir entonces. No estabas del todo enamorada, pero le acabaste cogiendo cariño.

¿Cuándo fue la primera vez? Oh, sí, aquella tarde, en la casa de sus padres. Llevaríais algo más de dos años juntos y en ese momento estabais discutiendo. Ya no te acuerdas de la razón. Seguramente algo relacionado con los celos. Aquel era uno de vuestros temas principales de conversación. No podías tener ningún tipo de contacto con el sexo opuesto sin que él se pusiera hecho una furia. Te gritaba, te cogía de los hombros y tu acababas harta y te ibas de su casa. Pero aquel día fue a más. En un arrebato, mientras os chillabais, él te dio un guantazo. Te quedaste atónita. Sus ojos, que normalmente tenían el color marrón claro de la madera joven, estaban vacíos como el cielo de una noche de otoño. Sin decir nada, cogiste tu mochila y te marchaste de vuelta a casa. No se lo constaste a nadie. El golpe te dejó un moratón en el pómulo, aunque te lo disimulabas con maquillaje. Llevaste tu vida con normalidad una semana, sin hablar ni acercarte a él, hasta que un día volvió a ti, llorando, prometiendo cambiar y pidiéndote perdón de mil maneras distintas. Y le perdonaste. A los pocos meses te pidió matrimonio.

Sabías de sobras que él no era así. A veces le daban impulsos. No era culpa suya.

La oscuridad reina en el salón. Dejas la taza encima de la mesa y subes una pizca la intensidad de una lamparita de cristal. Desde que tu marido murió necesitas un rastro de luz para poder descansar. Te tumbas en el sofá y te pones la gruesa manta que habías hecho a tus nietos para cuando quisieran pasar unos días contigo. Allí estirada, los segundos pasan a cuentagotas. Tu entrecortado respirar se confunde con el tic tac del reloj de pared y el constante murmullo de la televisión.

Entonces te acuerdas de aquellas noches, después de las palizas, cuando notabas el cuerpo totalmente destrozado. Tus mejillas cogían el color rojizo del carmín y tus ojos verdes se apagaban. La casa se hundía en la calma que produce el terminar de una discusión. Silencio. Silencio y lágrimas. El suave tintineo de las lágrimas del pequeño Jaime era casi inaudible.

Casi; excepto para ti, claro.

Apagas la televisión y, al final, consigues dormir. El sueño se apodera de ti y solo quedan despiertos tus recuerdos, esperando la llegada del tardío olvido.